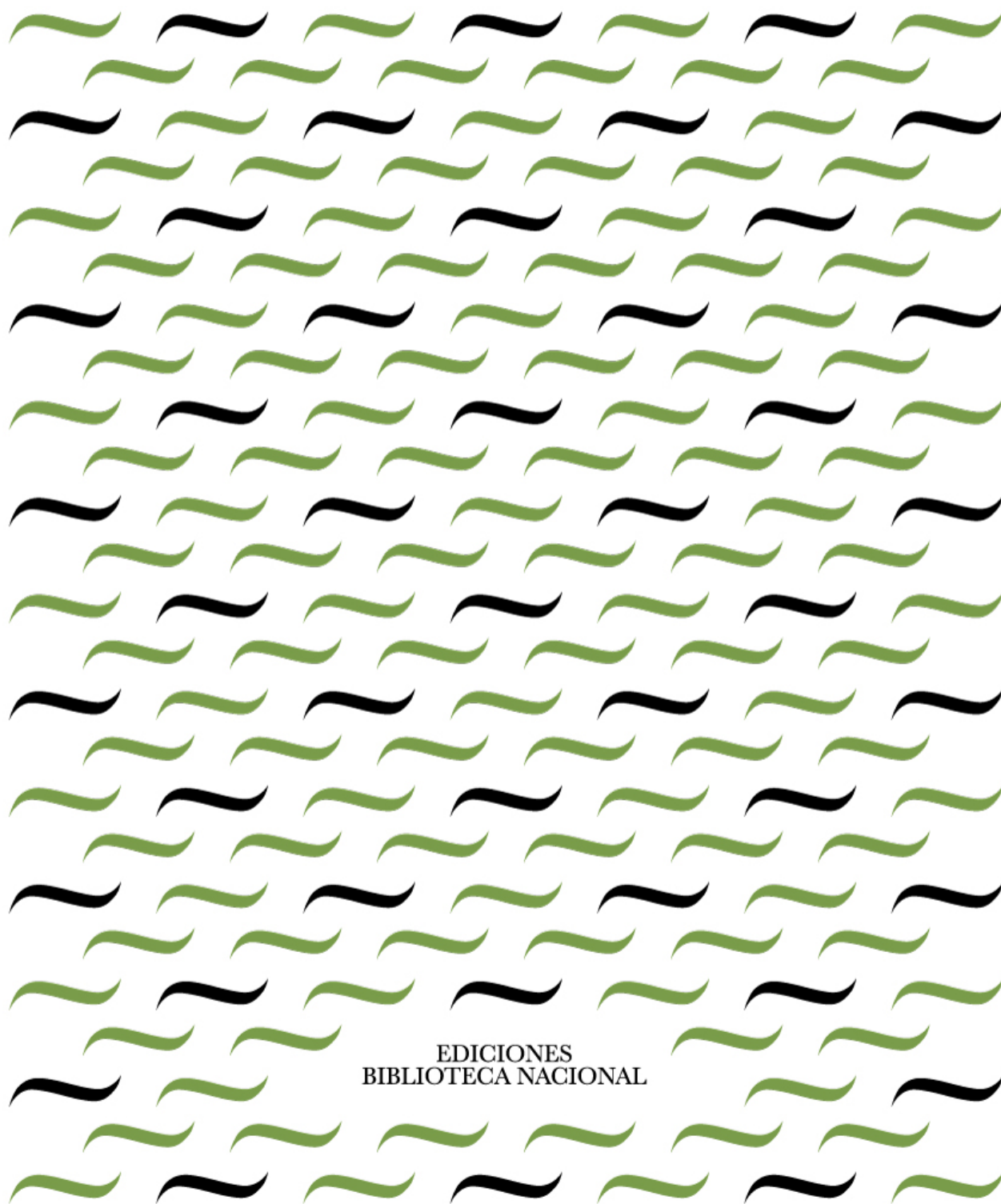


МАРОСНО

1ER SEMESTRE

REVISTA DE HUMANIDADES

Nº85 / 2019



EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

**J.T. MEDINA Y SU BIBLIOTECA
AMERICANA EN EL SIGLO XXI.
PRÁCTICAS DE UN ERUDITO.**

Rafael Sagredo Baeza

Santiago de Chile, Ediciones Biblioteca Nacional, 2018, 172 pp.

José Toribio Medina y su biblioteca americana en el siglo XXI. Un título que propone claramente el problema que aborda: la relación entre esta figura intelectual y la que fue una de sus principales obras, su Biblioteca Americana. Una biblioteca que J. T. Medina comprendió como fuente del conocimiento y, a la vez, como una experiencia: como él mismo afirmó, su biblioteca representaba la mitad de su vida. Es por esto que adentrarse en esa “experiencia”, permite comprender cómo se fue “construyendo” este intelectual. La formación de la biblioteca fue de la mano con la formación del investigador.

Esto ya constituye una novedad. Hasta ahora, la mayoría de los estudios dedicados a J. T. Medina han sido descripciones y cronologías apoloéticas de su vida, que no explican la manera en la que Medina llegó a ser Medina. Un hecho que podría entenderse no solo por quiénes fueron los autores de estos escritos —los amigos y discípulos del bibliógrafo—, sino también por los momentos en que fueron redactados y publicados: en 1923, para el aniversario N° 50 de la primera publicación de J. T. Medina; en 1930, año de la muerte del autor; y en 1952, con motivo del centenario de su nacimiento. Hoy, 2019, Rafael Sagredo aborda con nuevas preguntas la figura del polígrafo chileno, ocupándose no solo de “qué” resultados tuvo el quehacer de Medina, sino también del “cómo” y “para qué” de sus trabajos. Interrogantes que permiten, como toda buena historia, abandonar lugares comunes, entre los que se cuentan la idea de Medina como “descubridor” de los papeles de la Inquisición, la creencia de que publicó un libro que jamás salió a la luz, la supuesta excepcionalidad de su quehacer e, incluso, el aparente desprendimiento y patriotismo del polígrafo al donar su biblioteca a la Biblioteca Nacional de Chile.

Este libro constituye una historia de las prácticas culturales en la conformación de un campo de estudio dedicado al pasado. A lo largo de las páginas el autor nos muestra las distintas actividades de estos eruditos, entre las que se cuentan los viajes, verdaderas “peregrinaciones bibliográficas”; la búsqueda de materiales en bibliotecas y archivos; el establecimiento de redes de intercambio; la escritura de correspondencia; el acopio de documentos; la edición y publicación de textos; las relaciones literarias entre eruditos, historiadores y bibliógrafos, que —como se muestra en el libro— muchas veces devinieron en verdaderas polémicas. Es precisamente el estudio de estas prácticas culturales lo que permite que este libro no sea un libro exclusivamente sobre Medina, sino sobre diversos individuos que, como él, formaron parte de un grupo interesado en el estudio y recopilación de documentos que dieran cuenta del pasado americano.

Así, por ejemplo, la obra no solo permite comprender la trayectoria de J. T. Medina, de diplomático a historiador, bibliógrafo y bibliófilo, de interesado en la historia de Chile a estudioso de la historia americana, sino también la de individuos como Fernando Bruner Prieto, funcionario de la Biblioteca Nacional de Chile,

que hasta ahora no había llamado la atención de los estudiosos y del que en este libro se nos muestra su evolución de bibliógrafo y bibliómano, a hombre de imprentas. En este sentido, una de las potencialidades de la obra que presentamos es que, a partir de J. T. Medina, se puede delinear y explorar las biografías y experiencias de otros actores, y, a través de ellos, un mundo de relaciones, circulaciones y sociabilidades, superando la singularidad que comúnmente se le atribuye al quehacer de Medina, y accediendo, además, a la comprensión de una época.

Un dinamismo que es posible -y acá destaco otro punto fuerte del libro- gracias a la ampliación del tipo de fuentes utilizadas para abordar el problema que se propone el autor. Así, a lo largo de estas páginas vemos cómo Rafael Sagredo aprovechó la correspondencia recibida y enviada por J. T. Medina, las dedicatorias, portadas, catálogos, agradecimientos, imágenes, frases, referencias y pruebas de papel, entre otros muchos vestigios. Todas fuentes que, además, no corresponden a testimonios exclusivamente de J. T. Medina y sus discípulos, lo que posibilita incluir nuevas voces para problematizar diversos aspectos de la trayectoria del polígrafo y sus prácticas. Una variedad de vestigios que constituye una innovación importante respecto a las anteriores publicaciones que habían abordado la figura del erudito.

El uso de estos diversos registros, a su vez, permite apreciar las potencialidades de aplicar las preguntas, metodologías y herramientas que ofrece la historia cultural a un caso concreto de la historia en Chile, pero que, en verdad, va mucho más allá de las fronteras nacionales, conectando espacios, vinculando individuos y objetos que están separados por enormes distancias.

Otro de los aspectos que puede destacarse de la obra que presentamos es la variedad de preguntas y perspectivas de análisis que origina su lectura; una característica que distingue a las buenas investigaciones, las que, antes que cerrar completamente los temas, estimulan nuevas interrogantes y posibilidades.

En primer lugar, llama la atención lo atentos que estos historiadores, bibliógrafos, eruditos e intelectuales estuvieron respecto del presente del cual formaron parte, lo que quizás se refleja sobre todo en las páginas que Rafael Sagredo dedica a contextualizar el interés que se desarrolló por la Inquisición a nivel hispanoamericano y que muchas veces devino en un uso político de la historia. También, es llamativa la capacidad de estos individuos de advertir, de distinguir los documentos, las fuentes, los vestigios necesarios para investigar y construir la historia de América o, particularmente, la historia de Chile. En este libro también se muestran las prácticas que permitieron ir llenando las lagunas respecto a la propia historia y, además, el interés, la curiosidad y la relevancia que se le otorgó al pasado. En tercer lugar, destaca el tremendo esfuerzo, la necesidad que tuvieron estos eruditos

por legitimarse, ya fuera a través de su transformación en “descubridores”, de las continuas quejas pidiendo la atención del público para con sus trabajos, o de la redacción de textos que mostraran la novedad —y casi la revelación— de temas históricos. En definitiva, la necesidad que, individuos como Medina, tuvieron de posicionarse, de fijar la memoria sobre ellos mismos y el lugar de sus trabajos.

Y es precisamente relacionando estos distintos temas que menciono, que me surgen algunas preguntas a partir del libro y que creo que permitirían ahondar en el significado, contexto y proyección de las prácticas que se abordan. Una de estas prácticas, y que sobresale en la obra, es la manera de representarse que tienen estos eruditos, un tema que permite adentrarse en la forma en la cual ellos entienden su trabajo. En el caso de Medina, se nos muestra cómo se fue transformando en un “descubridor”, creando una verdadera leyenda sobre su trabajo y sobre su hallazgo. Una historia que fue repetida por sus principales biógrafos, a veces incluso impulsados por el mismo Medina, y que, hasta ahora, no había admitido cuestionamientos. Una verdadera epopeya que Rafael Sagredo va diluyendo, por medio de la comparación y la crítica de fuentes, de correspondencia, escritos oficiales, sucesivas ediciones de textos como el *Diccionario biográfico* de Pedro Pablo Figueroa e, incluso, el análisis de la organización espacial de lo que constituía el Archivo de Simancas. Si bien en diversos textos pueden encontrarse alusiones a quienes antes que J. T. Medina habían accedido a los documentos sobre la Inquisición o realizado estudios sobre el tema, la novedad de la obra que presentamos radica en tomar aquellos testimonios, relacionarlos y ofrecer una interpretación sobre cómo y por qué J. T. Medina fue inventando su “descubrimiento” de las fuentes inquisitoriales.

El autor explica el contexto en el cual se desarrollan estas prácticas, insertando el “hallazgo” de Medina en un proceso más amplio —como el de secularización— y, también, destacando la dimensión internacional en el proceso de pensar históricamente la existencia de la Inquisición en América. Así, en la obra se nos muestra el contexto histórico del investigador como un impulso para estudiar ciertos tópicos, pero también los usos políticos del conocimiento, en este caso, del histórico, y la relevancia de los documentos del pasado para estos debates de la contingencia.

La lectura del libro estimula la pregunta de cómo se inserta José Toribio Medina en este debate inquisitorial, más allá de situarse y querer legitimarse como el “descubridor” de los documentos del llamado “Santo Oficio”. Y esto resulta relevante, porque una cosa es encontrar fuentes en un archivo o biblioteca y la forma en la que esto influye en la trayectoria del propio investigador —como queda absolutamente demostrado en este libro—, y otra cosa es el uso que, tanto los investigadores como la sociedad, le dan a estos vestigios históricos. Es decir, cómo,

para qué y por qué se utilizan. Respecto a esto, el autor nos entrega un análisis sobre otros investigadores de la Inquisición en la época, y una información relevante sobre el caso de Medina, pues en su último tomo dedicado a la Inquisición, se refiere a los móviles impíos que le han atribuido a su trabajo.

Sería interesante entonces ahondar en esas críticas que sitúan a Medina en el conflicto de la época, pues permitirían profundizar en cómo el investigador representa su propio trabajo (en el caso de Lea y otros investigadores extranjeros queda claro la forma en la que la historia se transforma en una herramienta de denuncia), y además posibilitaría reforzar los vínculos entre las prácticas de Medina, relativas a su trabajo sobre la Inquisición, el contexto en el que se desarrollaron, la relevancia y proyección de su quehacer.

Sobre todo, si además se considera que en 1887, cuando publicó el primer tomo sobre la Inquisición, él declaró no estar pensando en la parte religiosa del tema que abordaba, e incluso se ocupó en varios párrafos de contextualizar los que llamó “humanos errores”, es decir, de no realizar juicios extemporáneos a los horrores cometidos por la Inquisición. Todo esto, a la vez que Medina señalaba los vínculos entre la época del dominio colonial y el presente desde el cual escribía, recalcando el avance hacia el progreso. De esta manera, analizar otra práctica, la del uso del conocimiento, permitiría situar y explicar mejor el papel de J. T. Medina en esta red de eruditos liberales que mediante el estudio del pasado también están participando activamente, a través de la palabra escrita, en un conflicto contemporáneo.

Y me parece relevante vincular esta práctica de representarse como el “descubridor” de fuentes históricas, con el uso que se le da a estas, porque en algunos apartados del libro de Rafael Sagredo podemos comprobar que no solo Medina omitió en su relato a quienes antes que él habían visto estos documentos o habían realizado estudios sobre ellos, sino también porque pareciera que todo el círculo del cual se rodeaba Medina —ya fueran eruditos, bibliógrafos o los mismos integrantes del gobierno— también omitió las misiones previas e, incluso, algunas publicaciones que pocos años antes habían dado cuenta de estos documentos a través de distintos informes oficiales.

Es esta misma indiferencia con la que se observa el trabajo de quienes, como Medina, se dedican a reunir documentos históricos, estudiar el pasado y publicar sus resultados, el hecho que motiva las quejas continuas de este intelectual chileno. Un aspecto que se aborda en la segunda mitad del libro y que se manifiesta en la representación que hace el propio Medina de su quehacer, a través de la imagen del bibliómano. Una representación que muestra cómo se transformó el significado de su trabajo para el mismo investigador, pasando de ser el “descubridor”,

a una verdadera caricatura de un hombre que acumula y se interesa de manera excesiva por los libros, una actividad que se interpreta sin mucho sentido o consideración. Una de las razones por la cual, según nos explica el autor, Medina pudo haber donado su colección a la Biblioteca Nacional de Chile, siguiendo una práctica frecuente en la época, pero que también salvaba al erudito del olvido de su trabajo y que resolvía el problema de qué hacer con los libros y manuscritos que había reunido.

La propuesta de Rafael Sagredo estimula, nuevamente, otras interrogantes para seguir comprendiendo las prácticas de Medina, particularmente sus representaciones que, como se comprueba en el libro, a veces estuvieron lejos de ser reales. Entre estas preguntas ¿por qué el Estado se interesa en acoger esta donación y financiar una sala y un personal dedicado al cuidado de estas colecciones? ¿Cuál era la situación y el reconocimiento del que gozaban otros eruditos, investigadores, historiadores y bibliógrafos en Chile? Preguntas que quizás resulten útiles para establecer una dimensión comparativa y relativizar esta auto-representación que Medina hizo de sí mismo, profundizando, además, en el mundo del cual José Toribio formó parte.

La obra que presentamos viene a abrir una arista importante en el ámbito historiográfico; como mencioné en un comienzo, sabemos sobre investigaciones que abordan el resultado de los trabajos de intelectuales, historiadores, eruditos, etc., en el siglo XIX, pero poco sabemos sobre cómo lo hicieron, sobre sus prácticas y el significado de estas. Un aspecto que no solo constituye una historia de las prácticas culturales, como señalé, sino también un análisis sobre la dimensión social del conocimiento y de la cultura. Los casos, problemas, y preguntas que sugiere el autor en este libro resultan fundamentales para una reflexión sobre las formas de hacer historia, el oficio del historiador y la actualidad del pasado. Todos, temas que hoy resultan de trascendencia y que, como se desprende de la lectura de este libro, también nos hablan de experiencias comunes, de prácticas compartidas.

Para ir terminando, quiero recalcar un aspecto que creo que es admirable en este libro: la calidad de la escritura. A lo largo de sus páginas, Rafael Sagredo narra y explica la tensión: del intelectual, por cómo representarse; las estrategias de los bibliógrafos por insertarse en redes; las polémicas literarias e históricas; los vínculos entre pasado y presente. Son páginas dramáticas, no en el sentido catastrófico, obviamente, sino porque interesan, inquietan e involucran al lector. Es un libro en el que el historiador le va siguiendo la pista a eruditos y objetos, y va enlazando los distintos casos que aborda. Un trabajo que además refleja el entusiasmo que el autor ha puesto en el desarrollo de la investigación, pero que también manifiesta la capacidad de atreverse con temas nuevos, de aventurarse, de sugerir hipótesis, de relativizar afirmaciones, de proponer interpretaciones

plausibles, de criticar y estimular a los lectores con las múltiples opciones que ofrecen las fuentes que utiliza.

La investigación realizada por Rafael Sagredo transformó la biblioteca de Medina en una oportunidad analítica, en un estímulo a la espera de ser aprovechado, una cualidad que, creo, hay que hacer extensiva no solo a los documentos y libros que reunió el erudito, sino a los múltiples vestigios que se han ido incorporando a lo largo de estos años en la Sala Medina. José Toribio Medina pareció empeñarse constantemente por legitimarse, también por luchar contra el olvido, lo que se aprecia en sus prácticas, como la formación y donación de su biblioteca. Llevó a cabo continuos intentos por proyectar su memoria. Hoy este libro transforma esa experiencia, esa memoria, en historia, desde una perspectiva crítica y rescatando la humanidad, el mundo que existe tras esas materialidades que constituyen las bibliotecas.

Macarena Ríos Llana